

En tanto que su marido hablaba, la Marquesa miraba atentamente los semblantes de su hija y del Coronel; pero Gabriela era más inocente que perspicaz, y no distinguió el hastío amargo que pintaban las facciones de Arturo, y la expresión triunfante que se advertía en las de su hija, tan impasibles de ordinario y vestidas de tan orgullosa frialdad.

El Vizconde presentó el brazo á la Marquesa; Regina se apoyó en el de su padre, y todos juntos pasaron al comedor, dispuesto ya para el desayuno.

VIII

PROYECTOS DE MATRIMONIO

A la mañana siguiente, y cuando apenas hacía una hora que Regina se había levantado, su madre, que un momento antes había salido de su cuarto, entró de nuevo en él con un aire tan preocupado y solemne, que no pudo menos de llamar la atención de su hija.

—Vengo, Regina mía, dijo la Marquesa, á llevarte al cuarto de tu padre, que tiene que hablar contigo.

La joven, asombrada por las palabras de su madre y por el modo con que habían sido pronunciadas, echóse sobre su bata de mañana un pañolón de granadina, y después de haber arreglado los encajes de su gorro, salió de su habitación, seguida de la Marquesa, con la cual pasó al cuarto de su padre.

Estaba éste sentado junto á un balcón entreabierto, y su semblante demostraba una rara mez-

ela de tristeza y de contento; al ver á Regina, se levantó para recibirla, porque era tal la fuerza del cariño que sentía por su hija aquel padre, que le inspiraba siempre, desde los cuidados más tiernos, hasta las más galantes y delicadas atenciones.

—Hija mía, dijo el Marqués, conduciendo á la joven al sillón más cómodo y ocupando él otro á su lado; hija mía, ayer viste á tu primo el Coronel Vizconde del Olmo.

Regina hizo con la cabeza un signo frío y afirmativo.

—Arturo, prosiguió el Marqués, es hijo de mi primo el Conde del Olmo; su corazón es tan noble como su cuna, su fortuna colosal, y muy bellos sus sentimientos; en cuanto á su figura...

—¿Y qué me importa á mí todo eso, papá? exclamó Regina, soltando una carcajada tan ruidosa y poco comedida, que dejó cortado á su padre, á pesar de conocer éste perfectamente su carácter.

—Te importa mucho, hija mía, repuso gravemente; te importa mucho, porque el Vizconde es portador de una carta de su padre, en la cual me pide tu mano para él.

Regina alzó los hombros con indiferencia.

—Yo sé, hija mía, prosiguió el Marqués, cuya voz se alteró visiblemente, yo sé que tú habrás de casarte algún día, por más que toda mi ambición se cifre en que vivas sólo para mí; así, pues, el matrimonio que más puede complacerme es el que te propongo, porque Arturo consiente en aban-

donar su carrera y vivir contigo á nuestro lado. Pero, no obstante, nada he contestado aún, y es- pero, para hacerlo, saber lo que tú piensas, á cuyo efecto deseo que me abras tu corazón. ¿Te casarás contenta con tu primo Arturo, cuyo padre es, además de mi primo, mi mejor amigo?

—No tengo dificultad en hacer tu gusto, papá, contestó Regina con su acento frío: me casaré con el Coronel.

—¡Oh, gracias, hija mía, gracias! exclamó la Marquesa, abrazando con efusión á su hija; este casamiento asegura nuestra felicidad, porque nos asegura también para siempre tu compañía.

Regina se retiró á su cuarto sin decir una palabra más, y su padre corrió en busca del Vizconde para darle parte de su dicha.

Encontróle en la biblioteca, apoyado en una ventana y completamente absorto en la contemplación de un objeto que, al parecer, embargaba su atención entera.

—¿Qué estás mirando ahí, hijo mío? exclamó alegremente el Marqués. En verdad que no sé qué magia tiene esa callejuela, que es también muy del agrado de Regina, y á la cual dan las ventanas de su habitación de verano. Pero vamos á lo que más importa, continuó el Marqués, mientras Arturo cerraba precipitadamente la ventana. Regina consiente gustosa en casarse contigo.

Una nube de tristeza cubrió, al escuchar estas palabras, las expresivas facciones de Arturo; mas

el Marqués no pudo advertirlo, porque le distrajo la llegada de su esposa.

Gabriela abrazó á su sobrino, llamándole su querido hijo; y en verdad que este dulce nombre se extrañaba en boca de aquella hermosa mujer, que más parecía hermana del Vizconde.

Sólo seis años llavaba Gabriela al sobrino de su esposo, y á pesar de ellos era mucho más fácil que Arturo se enamorase de la esposa de su tío que de su prima Regina, que apenas salía de la infancia.

¡Qué diferencia, en efecto, entre aquella madre bella, amorosa, dulce y poética, y aquella hija fría, orgullosa y altanera! ¡Y cuánto más hablaban al corazón los treinta y seis años de la Marquesa, que los diez y seis de su hija, aunque según las reglas severas de la belleza, ésta fuera mucho más hermosa!

Pero ya no había lugar en el alma de Arturo ni para la imagen de la una ni para la de la otra: había visto á la joven que bordaba, y aquella dulce imagen ocupaba su corazón.

¿De qué modo se explican esas súbitas pasiones que brotan con una mirada y que sólo se extinguen con la vida?

Nadie puede decirlo, y, sin embargo, existen: cuando la corriente eléctrica de las simpatías se establece entre dos seres igualmente jóvenes, nobles y hermosos, una mirada es un largo beso del alma.

Los grandes ojos azules de la joven bordadora pensaban y hablaban, y ellos dijeron á Arturo que la desgracia y la pobreza la rodeaban, pero que una y otra eran sobrellevadas con valor y resignación y con una admirable dignidad.

Entretanto que el Vizconde permanecía como anonadado por la noticia que sus tíos le daban con tanta alegría, del consentimiento de Regina para su unión, el Marqués, cuyo carácter impetuoso no sabía dominarse, fijó en él una mirada, en la que entraban por partes iguales el enojo y la admiración.

—¿Qué es esto! exclamó: ¿rehusarías á mi hija para esposa tuya? ¿No te agrada acaso, reuniendo tantas ventajas? ¿Qué te falta para llamarte dichoso con su posesión? ¿No es hermosa, joven, rica? ¿no lleva un nombre distinguido y noble?

Todas estas preguntas fueron hechas con tal rapidez, que el Vizconde, aturdido por ellas, no supo qué contestar por el pronto, y hubo de esperar á que se detuviese, en tanto que Gabriela, aterrada con la explosión de su marido, le miraba pálida y trémula.

—Tío, respondió el Coronel, cuando una pausa del padre de Regina le permitió hacerlo; yo soy el primero en reconocer todas las brillantes dotes que adornan á mi prima; pero ¿basta esto para su felicidad, para la mía? ¿Nos conocemos? ¿Nos hemos tratado? Sólo he hablado con ella un instante ayer, y he podido comprender que es una niña

oprimida y que tiene una sed inextinguible de libertad é independencia.

—¡Oprimida Regina! exclamó el Marqués.

—Oprimida, sí, repuso Arturo. ¿Qué más da que el yugo sea impuesto por el excesivo amor que V. le profesa, si es yugo al fin? Tío, una eterna unión no es cosa de hacerla así, repentina y apresuradamente. ¿Qué prisa tenemos ni ella ni yo? Mi licencia durará seis meses: permita V. que el trato, la intimidad, la confianza, nos enseñen si nuestros corazones se entienden, y si, siendo uno de otro, seremos mutuamente dichosos: ella es muy joven, casi es una niña; yo soy joven también, y podemos esperar.

—¡Jamás pensé que mi hija necesitase esperar para ser amada como ella se merece y yo quiero que lo sea! dijo el Marqués con amargura.

—Pues eso es un error, tío mío, respondió Arturo con firmeza. Hoy, ni ella me ama á mí, ni yo á ella tampoco: mi padre me ha contado muchas veces que V., antes de casarse, lo pensó mucho, é hizo bien, porque no podía haber elegido mejor: déjeme V. á mí pensarlo un poco.

—¡Es inútil! respondió el Marqués, que no podía contener su irritación; ¡no te casarás con ella!

—Amigo mío, se atrevió á decir Gabriela, ¿á qué esa incomodidad con Arturo? ¿No es su padre tu mejor amigo desde la infancia? ¿No sabes que él mismo es bueno y justo? Dejemos que conozca lo que vale Regina y que ésta comprenda lo que

vale él: su casamiento nos asegura de su compañía para siempre, y tal vez, cuando se conozcan más, si es su inclinación naciente, se convertirá en verdadera y durable.

El Marqués permaneció silencioso y pensativo: aquellas frases tan hábilmente pronunciadas por su esposa:—«este casamiento nos asegura su compañía para siempre»—contuvieron los ímpetus de su ira, porque aquel carácter fogoso é intolerante no había podido dulcificarse con la edad, y apenas la reflexión tenía sobre él algún imperio.

No obstante, su esposa, con su exquisito instinto de mujer, había despertado aquella chispa fugaz de raciocinio que algunas veces, pero con sumo trabajo, aparecía en el carácter del Marqués: el temor de perder á su hija por otro casamiento que la separase de él dominó su vanidad de padre, y le hizo comprender que no le era tampoco posible luchar con el carácter fuerte de su sobrino.

—Esperaré, dijo con una altívez que no carecía, sin embargo, de mesura; esperaré á ver si vuestros corazones se entienden, pero no por mucho tiempo. Regina de Villalta sólo necesita querer para casarse; pero si yo te prefiero á ti, es porque, siendo tu esposa, ambos permaneceréis para siempre á mi lado; hazte, pues, amar de ella lo antes posible, para que pueda perdonarte tus inconcebibles dilaciones, por más que tengan por pretexto el asegurar la felicidad de mi hija.

Salió de la estancia, dichas estas palabras, y

la Marquesa volvió hacia Arturo sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah hijo mío! exclamó, asiendo sus manos con un movimiento lleno de ternura y de cariño; ¡si algún interés te inspira mi tranquilidad, no irrites, por Dios, esos dos caracteres de hierro! Regina se parece á su padre en la férrea firmeza de su voluntad, y tiemblo el día en que choquen. ¡Arturo, mi hija es buena, hermosa, intachable, y creo que te ama! ¡Déjate amar de ella, y creo que serás feliz, porque sólo el amor puede suavizar y hacer flexible su carácter!

—Tía mía, respondió Arturo, conmovido al ver rodar gruesas lágrimas por el semblante de la Marquesa; ¡pluguiese al cielo que tu hija se pareciese á tí, y mañana nos unirían al pie de los altares!

IX

REGINA MEDITA; ARTURO SIENTE

Regina estaba demasiado entretenida para salir de su cuarto, ni aun para separarse de su ventana, pues tenía ante los ojos un espectáculo muy interesante.

Las dos ventanas de la casita estaban abiertas de par en par; la joven bordadora, armada de un plumero, limpiaba sus muebles con una ligereza y esmero admirables, entonando á media voz una melodía dulce y sencilla á la vez; sin duda por el deseo de conservar su usado traje, llevaba puesta sobre él una especie de peinador blanco, y sus cabellos, que no tenían cofia ni sujeción alguna, caían en dos ricas y larguísimas trenzas por su espalda.

En la estancia contigua, y sentado ante una mesita de pino pintado, escribía un joven que podría tener veintidós años, y cuya gallardía y hermosura eran superiores á toda descripción.

Estaba vestido con un modesto pero elegante traje de luto; una cascada de cabellos negros como el ébano y rizados, caía sobre su frente y parte de la mejilla, descubriendo, no obstante, toda la belleza de su perfil.

Escribía rápidamente, mirando á cada instante un grueso manuscrito colocado á su izquierda, cuya circunstancia hizo conocer á Regina que estaba traduciendo.

Cuando la joven acabó de arreglar la estancia, fué á cerrar la ventana; vió á Regina y la saludó, pero sin dejar por eso de cerrar en seguida.

Poco después volvió á abrir, y Regina halló ya sentada en su antiguo sillón á la pobre señora tullida.

Entonces levantó la cabeza el joven que escribía; vió también á Regina, y la saludó grave y friamente, cerrando, pasados algunos instantes, los cristales de su ventana, al través de los cuales se le vió continuar su tarea.

Regina fué á sentarse en un sillón próximo, triste y pensativa.

Su corazón, acostumbrado á la adulación, estragado por las complacencias, vacío de amor, se interesaba por los inquilinos tan graves y dignos de la pobre casita, y acababa de ser herido por una impresión muy viva, por la belleza y la expresión melancólica del joven que escribía.

Largo rato permaneció pensativa la hermosa hija de los Marqueses de Villalta; luego llamó en

su timbre de plata, cuyo sonido atrajo á la doncella.

—Flavia, dijo al verla Regina, levantándose y llevándola hacia la ventana; ¿ves esa casita?

—Sí, señora, contestó la joven.

—Para la noche, después que me haya librado del insoportable cuidado de mi madre, necesito que sepas cómo se llaman y qué son las personas que la habitan.

Una profunda expresión de asombro se pintó en los ojos de Flavia, al oír que su joven señora calificaba de *insoportable* el tiernísimo y solícito cuidado de su madre; pero reponiéndose al instante, contestó:

—Ahora mismo puedo dar á V., señorita, cuantas noticias desee saber de esa pobre familia.

—¡Cómo!... ¿sabes?... ¡Habla, habla!

—En esa casita viven, hace ya siete años, una señora viuda de un negociante arruinado, con un hijo y una hija: el primero, que tiene más edad que su hermana, se ocupa continuamente en traducir del inglés y del alemán algunas obras, que le paga regularmente uno de los más acaudalados editores de Madrid: la joven se ocupa en bordar, pero tan primorosamente, que siempre tiene trabajo de sobra.

—¿Cómo se llaman?

—Sólo se conoce á la madre por la señora de Rivera; su hijo se llama Justino, su hija Eugenia.

—Está bien, dijo Regina, deseando cortar ya la conversación; retírate, y mañana á las ocho, es

decir, antes que mi madre se levante, vén aquí á buscarme.

Inclinóse Flavia en silencio, y desapareció: al cruzar el comedor vió levantarse de la mesa á los Marqueses y á Arturo; aquéllos fueron solícitos á buscar á su hija; éste volvió á la biblioteca y se puso á contemplar á la joven vecina, que ya estaba bordando, sentada enfrente de su madre.

Arturo se ocultó entre los pliegues de las cortinas, y cayó en una meditación profunda; aquella joven tenía para él un encanto poderoso; aquella anciana le atraía de un modo irresistible.

¡Se parecía á su madre!

A su madre, á quien había perdido cuando apenas contaba catorce años, y cuyo recuerdo vivía indeleble en su memoria, coronando los sueños de su edad primera.

El recuerdo de aquella madre era puro, hermoso, sublime, como el que deja tras de sí toda madre buena y amorosa.

Arturo había nacido con pasiones fuertes; rico y en libertad de satisfacerlas, por la carrera que había abrazado, había probado todos los placeres de la vida en una edad muy temprana; pero su corazón, tierno y sensible, permaneció vacío, y vacío siguió aun después de ver á su prometida.

Es verdad que la belléza de Regina halagó sus ojos á primera vista, pero nada dijo á su alma; y la segunda vez que aquélla se presentó delante de Arturo, éste no sintió más que desvío.

La glacial audacia, la soberbia de Regina, le causaban un sentimiento de repulsión instintiva; aquella soberbia no parecía hija de la naturaleza y del carácter, sino efecto más bien del cálculo.

La mujer que nace altanera tiene arranques apasionados y naturales; pero Regina no tenía arranques; su naturaleza, viciada por la continua previsión que la rodeaba, no había despertado, porque no había sentido el choque más pequeño ni la contrariedad más leve.

Era una estatua de mármol, á la cual no había animado todavía el beso de Pigmaleon.

Pero un observador inteligente que hubiera analizado su frente elevada y sus delgados y hechiceros labios, deprimidos en sus ángulos, hubiera adivinado en la hija de los Marqueses de Villalta una energía indomable, que sólo esperaba una ocasión para desplegarse de una manera terrible.

Largo rato permaneció el joven Coronel contemplando á su encantadora vecina; todo hablaba en aquella humilde morada á su corazón, apasionado y sensible á la par: aquella mujer de aspecto enfermizo y apacible; aquellos muebles anticuados y oscuros; aquellas blancas cortinas; aquellas pequeñas ventanas, una de las cuales estaba adornada por dos pobres y lozanas macetas, y sobre todo, aquella niña tan bella, dulce y resignada, que bordaba incesantemente en una habitación insalubre y falta casi totalmente de luz. Ar-

turo contemplaba sus ojos, en los cuales el trabajo y las vigiliias habian dejado el ancho círculo azul que los rodeaba: su tez pálida por las privaciones y las fatigas; su boca tan preciosa y tan triste; sus facciones, en fin, tan bellas, dulces y expresivas, y se preguntaba si no sería muy justo que Regina arrojase su corona de Marquesa á los piés de aquella adorable imagen del sufrimiento.

La palidez de la joven Eugenia era aquel día más intensa que el anterior; de vez en cuando alzaba la cabeza de su bordado y se detenía, pasándose la mano por la frente con una dolorosa expresión de padecimiento y de fatiga.

Hubo un instante en que volvió los ojos á la puerta, atraída por el ruido de unas pisadas que se aproximaban, y al ver á su hermano sonrió violentamente.

Pero la presencia de aquel hermoso joven hizo que saltase en el pecho el corazón de Arturo, herido súbitamente por el aguijón de los celos; acercóse éste más á la ventana, y pudo oír algunas palabras que bastaron para tranquilizarle.

—¿Cómo estás, mamá? preguntó el joven, aproximándose á la infeliz tullida.

—No muy bien, hijo mío, contestó ésta con voz débil y cascada; he pasado una noche malísima, y se la he hecho pasar peor á tu pobre hermana.

—¡Dios mío, qué pálida estás, Eugenia! exclamó Justino, fijando sus negros ojos en el abatido y dulce semblante de la joven.

—¡Deja ese bordado, hija mía! dijo á su vez la enferma; ¡es imposible que hoy puedas trabajar!

—¿Por qué, mamá? repuso la joven, haciendo un poderoso esfuerzo para sonreirse; ¡si estoy como siempre! Aun dormí tres horas á la madrugada, cuando tú quedaste en reposo.

Eugenia mentía generosamente; ni siquiera había cerrado los ojos en toda la noche, y antes de amanecer se había levantado á trabajar.

—¿No me habéis oído cantar? continuó, dirigiéndose á su madre y á su hermano; nunca he estado tan contenta como hoy.

—¡Tú cantarás cuando mueras, dulce jilguero mío! murmuró la señora de Rivera con ese lenguaje poético que sólo saben usar las madres.

Estas palabras fueron seguidas de un agudo grito de Justino, que se precipitó á sostener el cuerpo de su hermana; la pobre niña, agobiada por muchos meses de fatiga y de extremado trabajo, acababa de perder el sentido, y hubiera caído al suelo á no haberla sostenido su hermano.

—¡Dios mío, yo soy la causa de que mis pobres hijos se maten á fuerza de miseria y de trabajo! exclamó la enferma desesperadamente, y por sus demacradas mejillas se deslizaron dos gruesas y amargas lágrimas.

Justino tomó á Eugenia en sus brazos y la condujo á su lecho.

Un pensamiento rápido atravesó por la mente del joven Coronel: dirigióse á su cuarto, se envol-

vió en una capa, cubrió su cabeza con un sombrero de anchas alas, y tomando un bolsillo, salió á la calle.

Dió la vuelta al palacio de Villalta, y entrando en la callejuela, penetró en la casita, cuya puerta estaba entornada.

Subió la escalera con el corazón palpitante, y entró en la estancia en que la pobre parálitica lloraba silenciosamente.

—Tome V., señora, dijo, poniendo en la única mano que tenía libre la señora de Rivera el bolsillo lleno de oro; ¡tome V., esto es suyo... le pertenece!...

—¡Dios mío, yo no sé!... ¿Quién es V., caballero? balbuceó la pobre enferma.

—¡Un deudor de su señor esposo! contestó Arturo, saliendo precipitadamente de la estancia.

—¡Ah, Dios sea bendito! exclamó la parálitica; ¡su bondad nunca desampara á los que esperan en él!

X

LA FAMILIA DE RIVERA.

Dejemos descansar un poco á los dos primos de sus diversas emociones, y entretanto, lector mío, te iré yo informando, algo mejor de lo que Flavia informó á Regina, de quién es la familia tan pobre como honrada que habitaba la sombría callejuela á donde daban las ventanas del soberbio palacio de Villalta.

Don Francisco de Rivera, rico negociante de Cádiz, vivió muchos años en aquella ciudad, considerado y feliz; tenía una esposa muy bella y muy buena, y tres hijos hermosos.

El mayor llevaba á sus hermanos algunos años; contaba él veintitrés cuando acababa de cumplir Justino quince y entraba Eugenia en los once; era un joven de carácter vivaz y apasionado, pero de un bellissimo corazón, y toda la esperanza de sus padres.

Un asunto de interés obligó al negociante á